

## ***El general en su laberinto: el recorrido de un Ulises caído***

### ***El general en su laberinto: the Trip of a Fallen Ulises***

**Paula A. Dejanon Bonilla<sup>1</sup>**

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia  
paula.dejanon@upb.edu.co

---

#### **RESUMEN**

En la novela *El general en su laberinto* vemos a un héroe caído. Este es acompañado en su travesía por diversos personajes que dejan ver a un Bolívar humanizado y decadente. Es una novela que se erige como una contraépica cuyo correlato está asentado en la *Odisea*, de Homero.

#### **PALABRAS CLAVE**

Bolívar, novela, héroe, *Odisea*, viaje

#### **ABSTRACT**

In the novel *El general en su laberinto* we can see a fallen hero. He's accompanied on his journey by various characters that show us a humanized and decadent Bolivar. It is a novel that stands as an epic against whose correlate is founded in Homer's *Odyssey*.

#### **KEYWORDS**

Bolivar, novel, hero, *Odyssey*, journey

La novela del Premio Nobel colombiano ha sido analizada desde diversos puntos de vista. El más representativo es, por supuesto, el que inscribe a la novela como una discusión dentro de lo que se denomina la *nueva novela histórica latinoamericana*<sup>2</sup>. Esta discusión, que parece hoy tomar nuevos rumbos, nos permite hacer una reflexión más allá del encuentro entre dos discursividades: la histórica y la ficcional. Pretendemos situarnos en el segundo aspecto, para pensar sobre el personaje, y su itinerario vital, desde una perspectiva más mítica, que lo conecta con un pasado literario como espejo y reflejo de una construcción épica propia o contraépica.

---

1 Candidata a doctora. Coordinadora de Estudios Literarios de la Universidad Pontificia Bolivariana.

2 Nos referimos al análisis de Carlos Fuentes.

La novela representa a su vez un viaje, el americano, la utopía vencida, caída, la esperanza robada de un sueño inacabado. No es solo la travesía de Bolívar, no es solo la épica y la conquista de un territorio, es la realidad rota que se dibuja desde el personaje, que fragmentado y caído abandona la realidad, por momentos, para que el delirio lo colme, dentro y fuera.

De esta manera, nos esforzaremos por mostrar un universo simbólico, que, sin desconectarse del factor histórico, construye su propio mundo posible, en una apuesta por la recuperación o reconstrucción de la memoria.

### **Bolívar: un Ulises caído, una identidad fragmentada**

La novela *El general en su laberinto* representa un pasado épico y glorioso, pero que se ubica en el recuerdo de los personajes. No asistimos a la guerra ni a las luchas victoriosas. Estas nos son contadas a lo largo de la narración como soplos que vienen del pasado. No podemos pasar por alto la semejanza con la *Odisea*, que funciona aquí como un intertexto que teje, finamente y a la inversa, la travesía del Libertador. En ambas historias hay un héroe perdido que emprende un viaje para recuperarse y recuperar su pasado como posibilidad de futuro. Sin embargo, esta resonancia está dada para marcar y resaltar a Bolívar como un héroe caído. Y como afirma Marco Urdapilleta (2004, p. 131): «El héroe clásico no cae por el peso de sus propias acciones, sino por la fuerza de lo “inevitable” que amenaza constantemente toda la vida humana, llámese esta *fortuna* o *destino*. En estos términos se comprende mejor la caída de Bolívar».

Cuando recordamos el viaje de Ulises en la *Odisea*, vemos a un héroe que pretende encontrar su destino, y que sabe que este no le será negado. Sin embargo, en el Bolívar de García Márquez funciona a la inversa. Desde un sueño febril no sabe si lo que pasó sucedió en realidad o está ante una gran pesadilla. Bolívar no se reconoce a sí mismo, asiste a su pasado como si fuera ajeno, lo sabe perdido, pero, aun así, en el espesor de la penumbra de su memoria, ve un destino trazado por el olvido.

Vemos así a un héroe cuyo regreso es en descenso, siempre en caída. Su fortaleza se ha perdido, su condición heroica ha quedado vencida por la enfermedad que se ha enquistado en el personaje. De esta forma estamos frente a una contraépica; las batallas se recuerdan como un pasado memorable que ya ha sido superado, a diferencia de Ulises, cuya espera y cumplimiento del destino se asienta en el regreso a casa.

En esta contraépica se traza un itinerario que permite hacer una identificar una *hybris* que es castigada —tal como sucede en la *Odisea*—; hay una añoranza por un pasado perdido, y hay una espera vital y una reflexión por la muerte. Como afirma Paul Ricoeur (2003, p. 479): «La muerte

incorpora, de alguna manera, el ausente a la historia». Este ausente, este Bolívar perdido, se encarna en la palabra narrada para hacerse presente, no como monumento, sino como vivificación humana y desacralizada de un personaje memorable.

Si Ulises es el héroe de la astucia, tal como lo describe Jean–Pierre Vernant, Bolívar no se queda atrás. Cada uno presenta sus propias estrategias para salir victorioso de las aventuras que se les presentan. En el caso del primero, en un camino hacia el futuro; en el segundo, en un recuerdo desde un presente con un pasado perdido.

Para hablar de Ulises, Jean–Pierre Vernant (2000, p. 107) sugiere que:

En el curso del largo periplo que seguirá, en todo momento, el olvido, el desvanecimiento del recuerdo de la patria y el deseo de volver a ella, es lo que, en el trasfondo de todas las aventuras de Ulises y de sus compañeros, representa siempre el peligro y el mal.

Para el Bolívar garciamarquiano parece que el movimiento es a la inversa: aunque recuerda a la patria, lo hace con el peso de la nostalgia, de lo perdido e imposible de recuperar:

En ninguna parte se había sentido tan forastero como en aquellas callecitas yertas como casas iguales de tejados pardos y jardines íntimos con flores de buen olor, donde se cocinaba a fuego lento una comunidad aldeana, cuyas maneras relamidas y cuyo dialecto ladino servían más para ocultar que para decir. Y sin embargo, aunque entonces le pareciera una burla de la imaginación, era esa la misma ciudad de brumas y soplos helados que él había escogido desde antes de conocerla para edificar su gloria, la que había amado más que a ninguna otra, y la había idealizado como centro y razón de su vida y capital de la mitad del mundo (García Márquez, 2014, p. 46).

Como Ulises, Bolívar emprende un viaje, uno que antes de iniciar parece sucumbir en la inmensidad de las aguas del río Magdalena. Ambos recorridos, el de Ulises y el de Bolívar, tienen como característica diversas etapas del viaje. En la *Odisea*, como forma de proseguir un castigo impuesto por los dioses en cada una de estas pausas, postergando así la llegada del héroe a su destino; en *El general en su laberinto*, estas estaciones tienen que ver con su enfermedad. En ambos casos hay un destino que se tiene que cumplir.

El de Ulises es un destino heroico; el de Bolívar, más ligado con la fatalidad y la tragedia:

La caída del héroe, según la perspectiva trágica, presupone que provocó una ruptura (*hybris*) de la ley (*diké*), del orden, y que sucederá el equilibrio (*mimesis*) (Udapilleta, 2004, pp. 132–133).

En esta descripción del héroe nos encontramos frente al espejo invertido. En ambos casos hay una ruptura. La de Bolívar, al menos una, que consideramos representativa es la ejecución del general Manuel Piar:

Le negó a Piar el último honor de dar la orden del fuego al pelotón, y le vendó los ojos a la fuerza, pero no pudo impedir que se despidiera del mundo con un beso al crucifijo y con un beso a la bandera. [...] Por el resto de su vida había de repetir que fue una exigencia política que salvó al país y persuadió a los rebeldes y evitó la guerra civil. En todo caso fue el acto más feroz de su vida [...] (García Márquez, 2014, p. 235).

Bolívar es un héroe que cumple con su deber, y para ello también se vale de la astucia, tal como Ulises, ambos castigados, con un regreso difícil, uno para redimir la gloria y el otro, de nuevo a la inversa, para regresar al fin definitivo, sin posibilidad de redención, sin restauración del orden.

Otro aspecto que Vernat describe en su itinerario de Ulises tiene que ver con la descripción de un héroe que siempre quiere volver a casa, un héroe que sabe que más allá de las peripecias vividas se cumplirá su destino:

Ulises es el hombre de la memoria, dispuesto a aceptar todas las pruebas y todos los sufrimientos para realizar su destino, que es haber sido arrojado a las fronteras de lo humano y haber podido, haber sabido y haber querido siempre volver y reencontrarse consigo (Vernat, 2000, p. 131).

En el caso de Bolívar, es la aventura de un viaje de regreso, en donde se retorna no a la patria añorada, que se sabe perdida, sino un regreso a su sí mismo olvidado por la gloria. Es un constante descenso a los infiernos, un sentirse perseguido por los fantasmas del pasado. Por eso la fiebre, el delirio. La añoranza del regreso está puesta no en el punto de llegada, sino en el punto de partida, de la gloria perdida.

*El general en su laberinto* muestra un recorrido por la memoria: el personaje recuerda aquello que quedó atrás; la aventura final es reconocer que la muerte es posible y que con ella quizá, también, se olvide al héroe de las grandes batallas:

El coronel Wilson le refirió este episodio a un cronista de la época, que no se tomó la molestia en recordarlo. «El pobre general es un caso acabado», dijo. En el fondo, esa era la certidumbre de cuantos lo vieron en su último viaje, y tal vez fue por eso que nadie dejó un testimonio escrito. Incluso, para algunos de sus acompañantes, el general no pasaría a la historia (García Márquez, 2014, p. 131).

La restauración del orden no es posible en tanto que el héroe no es cobijado por el favor de los dioses, el tiempo mítico se suspende y se rompe

en la linealidad de una historia que parece implacable. En cada estación hay un nuevo desajuste; sin embargo, el personaje lucha, siempre a la espera de que el regreso a su gloria perdida lo encuentre, no se reconstruye el orden; en tanto que no hay patria que recuperar, esta, también fragmentada, hace parte del olvido.

### **Manuela Sáenz: la tejedora sin tejido**

Uno de los personajes de la novela que va marcando y evidenciando la caída del héroe es Manuela Sáenz. Ella es una Penélope en movimiento. Aparece desde el inicio de la novela y es una referencia constante, casi un *Leitmotiv* que permite que la narración vaya encontrando cauce; así devela una especie de hilo de Ariadna.

Manuela Sáenz está también inmersa en el laberinto del general; aparece como compañía, pero también funge como contadora de historias, como reveladora de la verdad, y finalmente resalta la imposibilidad del héroe, que, a diferencia de Ulises<sup>3</sup>, no siente añoranza por el reencuentro con el personaje. Ella es una presencia–ausencia que carga con el peso de mantener consigo la profundidad humana del personaje, como lo muestra el narrador (García Márquez, 2014, p. 14): «Solo Manuela sabía que su desinterés no era inconciencia ni fatalismo, sino la certidumbre melancólica de que había de morir en su cama, pobre y desnudo, y sin el consuelo de la gratitud pública».

Así, esta Penélope móvil, que en realidad teje y desteje la historia de su vida con el personaje principal, no se queda en la pasividad de la espera. Camina al encuentro de su destino, porque también ella tiene rasgos de heroicidad. Un destino que tampoco le deparará fama. Ella también representa el viaje desesperado y angustiante hacia el reencuentro; no cae ante la presencia de los pretendientes, cae presa del cansancio melancólico de quien espera y sabe que ya ha perdido la posibilidad del encuentro.

Pero Manuela Sáenz no representa solo esta imposibilidad: es también un símbolo de desaparición. Parece que en ella se encarnan todos los personajes femeninos de la *Odisea*, Calipso, Circe, Penélope, espera y encanta. Solo que ella no puede sujetar al general; ella es toda la añoranza, pero también el vivo recuerdo de seguir un camino de gloria (García Márquez, 2004, p. 157): «Pues era verdad que ella se quedaba siempre, pero no por su gusto, sino porque el general la dejaba con cualquier excusa, en un esfuerzo temerario por escapar a la servidumbre de los amores formales».

---

3 Vernant (2000, p. 129) nos recuerda sobre el héroe de la *Odisea*: «Toda su vitalidad húmeda se escapa por los ojos y la piel, pues sufría de un modo horrible. ¿Por qué? Porque llevaba en el corazón la nostalgia de su vida anterior, la nostalgia de Ítaca y de su esposa Penélope».

Gracias a los personajes femeninos, no solo el de Manuela Sáenz, podemos ver el carácter de Bolívar. Si bien Manuela representaría todos los personajes a la inversa de la *Odisea*, también tenemos tres mujeres más con las que podemos ver algunos rasgos del personaje principal. Por un lado, está Reina María Luisa, esclava que es liberada por Bolívar, ante quien no se rinde y prefiere quedarse con su antiguo amo. En este caso vemos al Libertador aceptando la derrota y conservando su promesa. Por otro lado, está Josefa Sagrario, por quien deja la guerra temporalmente; el general se rinde ante la queja de la partida, se queda para dar consuelo y esperanza solo por un instante. Por último, está Miranda, una mujer del pasado del personaje que reaparece en su presente, a diferencia de las demás; no supone la permanencia del personaje y es más una mujer que lo libera de la muerte. Tres mujeres que representan tres caminos separados, que se cruzan solo en la historia del personaje. Si en la épica la narración es lineal, esta vez tiende a una especie de espiral, o circularidad rizomática, por los recuerdos, que tienen que ver más con agentes que con hechos consumados. María Begoña Pulido (2006, p. 565) sugiere que:

Se narra desde un presente de violencia. Es el presente en crisis de la enunciación y la lectura el que actualiza y pone en relación los discursos del pasado, el que abre los laberintos de la memoria y coloca en la mesa de las reflexiones esos discursos inacabados porque son presente, y siempre presente en crisis.

Estas mujeres nos permiten acercarnos a diferentes presentes que narra el personaje. Si bien hacen parte del recuerdo, siempre se sitúan allí en el hilo justo desde donde está parado el personaje; él recuerda desde su presente, desde su momento de camino a la muerte. Vuelve a traer a sus ausentes en un último esfuerzo por asir su verdadero hogar: la gloria.

Para devolver el ovillo, nos encontramos con personajes que hacen parte de un mar melancólico. Todas las mujeres que aparecen allí tienen este rasgo y, por supuesto, de forma más marcada en Manuela Sáenz. Y lo tienen porque a pesar de posibilitar la narración, que en la mayoría de los casos exige que el personaje principal hable, y no el narrador omnisciente, también son la realización plena del desquebrajamiento del orden nunca reestablecido.

Manuela Sáenz encuentra un lugar para tejer los recuerdos, la anti-Penélope, como lo hemos mencionado, pretende tejer el pasado glorioso de un Ulises caído, pero de nuevo se manifiesta este vínculo inexorable con un destino fatal que no permitirá que ella cumpla su cometido:

Manuela emprendió viaje hacia Santa Marta, pero en Guaduas le anunciaron que ya llevaba toda una vida de retraso. La noticia la borró

del mundo. Se hundió en sus propias sombras, sin más cuidados que dos cofres con papeles del general, que logró esconder en un sitio seguro en Santa Fe hasta que Daniel O'Leary los rescató varios años después por instrucciones suyas.

Allí entretuvo el olvido con los tejidos de punto, los tabacos de arriero y los animalitos de dulce que fabricaba y vendía a los marineros mientras se lo permitió la artritis de las manos.

Murió en una epidemia de peste, a la edad de cincuenta y nueve años, y su cabaña fue incinerada por la policía sanitaria con los preciosos papeles del general, y entre ellos sus cartas íntimas. Las únicas reliquias personales que le quedaban de él, según le dijo a Pedro de Lacroiz, eran un mechón de su cabello y un guante (García Márquez, 2014, pp. 265–266).

Si llevamos un poco más lejos la importancia de la aparición de las mujeres, podemos ver en cada una de ellas la configuración de una patria. Cada una representa una cultura, un signo particular de existencia. Su único vínculo es Bolívar. Ellas refuerzan la idea de un deseo de unificación imposible.

### **José Palacios y Fernando: la imposibilidad de fijar el pasado**

Existen dos personajes más que muestran el camino recorrido por Bolívar. Son en apariencia secundarios, pero sin ellos no podríamos ver, tal como en el caso de Manuela Sáenz, detalles íntimos del héroe. Son José Palacio y Fernando, el sobrino.

José Palacios es un personaje permanente en la obra. Su importancia se muestra desde la apertura del libro y se va reforzando a lo largo de ella (2014, p. 16). «José Palacios, el único autorizado para entrar en el dormitorio sin tocar, permaneció junto a la cama en estado de alerta hasta que la crisis pasó». Él actúa como eco del héroe, posibilitándole un reconocimiento de sí mismo. Si Eumeo es quien permite, en la *Odisea*, que el héroe encuentre de nuevo el espacio que había perdido, José Palacios es quien facilita que en el trasegar del viaje haya una posibilidad de un encuentro con el espacio.

José Palacios actúa también como el Sancho de la novela; acompaña al general en todas sus aventuras, y en la última lo acompaña igualmente en su delirio:

«¿Por fin, algo que sigue igual!», dijo el general.

El párroco se sorprendió.

«Perdóneme, excelencia», dijo, «pero hasta donde llegan mis luces usted no había estado antes aquí».

También se sorprendió José Palacios, pues nunca habían visitado esa casa, pero el general persistió en sus recuerdos con tantas referencias

ciertas que a todos los dejó perplejos. Al final, sin embargo, intentó reconfortarlos con su ironía habitual (García Márquez, 2014, p. 114).

A su vez, vemos en la expresión de José Palacios (2004, p. 20): «Lo que mi señor piensa solo mi señor lo sabe» a un personaje que acompaña con fidelidad ciega a su amo, pero que, a su vez, hace suyas sus victorias y desventuras. No es un personaje de acción, tal como Eumeo, que ayuda a matar a los pretendientes; es un observador pasivo en la mayoría de las veces, que ayuda, sí, a que Bolívar vaya encontrando sosiego en el viaje emprendido al primigenio encuentro con la muerte.

Si hay posibilidad de que el Libertador salga de su sopor y vuelva al mundo de los vivos, es porque José Palacios le recuerda siempre que el mundo real —dentro de la realidad de la novela— está todavía presente. No lo deja sumergirse por completo en la enfermedad que lo consume; actúa, más bien, como el capitán de la barca de la vida del personaje, evitando que este naufrague en los sobresaltos que le producen sus recuerdos: «Presa de la zozobra volvió a pensar en su desgracia después de la tregua de tres días, y volvió a atormentar a José Palacios con preguntas viciosas» (García Márquez, 2014, p. 76).

Si este personaje carece de fuerza en la acción de combate, la tiene en el poder del recuerdo. En su pasividad encontramos el valor narrativo de novela. Como Manuela Sáenz, es otro hilo, hace parte de ese laberinto al que es arrojado también como Bolívar. Está entretejido con él incluso como memoria viva, incrustada, encarnada. María Cristina Pons (1996, p. 167) dice sobre la novela que: «En la reconstrucción del viaje histórico de Bolívar se da la coyuntura de lo histórico y lo literario. Es la confluencia de la dimensión histórica del viaje, y el empleo de motivos y estrategias literarias vinculadas al motivo de viaje, la novela plantea lo que implica la (re)construcción del pasado». Y esa reconstrucción del pasado es posible gracias a este personaje que lo escucha todo, y a su vez lo calla. Es también la representación del silencio, no silenciado.

El último personaje al que haremos mención es Fernando, su sobrino; con él quiere escribir sus memorias (García Márquez, 2014, p. 29):

Según dijo muchas veces al sobrino, quería empezar por el recuerdo más antiguo, que era un sueño que había tenido en la Hacienda de San Mateo, en Venezuela, poco después de cumplir los tres años. Soñó que una mula negra de dentadura de oro se había metido en la casa y la había recorrido desde el salón principal hasta las despensas, comiéndose sin prisa todo lo que encontró a su paso mientras la familia y los esclavos hacían la siesta, hasta que acabó de comerse las cortinas, las alfombras, las lámparas, los floreros, las vajillas y cubiertos del comedor, los santos de los altares, los roperos y los arcones

con todo lo que tenían dentro, las ollas de las cocinas, las puertas y ventanas con sus goznes y aldabas y todos los muebles desde el pórtico hasta los dormitorios, y lo único que dejó intacto, flotando en su espacio, fue el óvalo del espejo del tocador de su madre.

Es interesante esta cita porque, tal como lo declara Pulido (2006, p. 572), es el primer recuerdo que le pide a Fernando que consigne en sus memorias. Este personaje, un escribano, es la contrapartida de José Palacios, que apela a la memoria oral. También O'Leary<sup>4</sup> representa la fijación de la memoria en la escritura; él es, en contrapartida, un aedo, como todos los personajes, también caído. Si finalmente Bolívar piensa que su vida quedará escrita por un testigo, estas esperanzas, nos dice el narrador, también se desvanecen:

Por la noche conversó hasta muy tarde con Fernando, y por primera vez le dio consejos sobre el porvenir. La idea de escribir juntos las memorias se quedaba en proyecto, pero el sobrino había vivido bastante a su lado para intentar escribirlas como un simple ejercicio del corazón, de modo que sus hijos tuvieran una idea de aquellos años de glorias y desdichas. «O'Leary escribirá algo si persevera en sus deseos». Fernando tenía entonces veintiséis años, y había de vivir hasta los ochenta y ocho sin escribir nada más que unas cuantas páginas descocidas, porque el destino le deparó la inmensa fortuna de perder la memoria (García Márquez, 2014, p. 269).

Estos personajes también muestran la dicotomía entre la memoria oral y la memoria escrita. Aunque existe un aedo que canta, aquí hay uno que guarda en su memoria toda la vida vivida y otro que, con la posibilidad de fijar los recuerdos, cae inevitablemente en el sopor del olvido.

## **A manera de conclusión**

*El general es su laberinto* es una reelaboración de la épica pero a la inversa. Sin bien es cierto que Carlos Fuentes es enfático al decir que el escritor del siglo XIX: «vivía un mundo épico y su respuesta era la epopeya» (p. 13), también es cierto que esta recuperación se hace para renarrar, tal como lo afirma Ruiz Sánchez (2012, p. 15): «la dimensión temporal que implica tanto una modificación del presente, como un cambio en el horizonte de expectativas futuras, y la modificación del pasado mediante su renarración». Y es justo a esto a lo que asistimos en la novela *El general en su laberinto*.

Se renarra la historia del Libertador, pero no como personaje heroico y vencedor, sino más bien como contraparte, tomando al personaje

---

4 «O'Leary es un gran hombre, un gran soldado y un amigo fiel, pero toma notas de todo», explicó. «Y no hay nada más peligroso que la memoria escrita».

desde su marginalidad, mostrándolo como es, sin grandes hazañas, sino viéndolo desde su perspectiva más débil. No es entonces un volver a una especie de ficciones fundacionales<sup>5</sup>, es reconstruir una ficción fundacional y desmitificarla.

En esta contraépica no podemos dejar de ver una reflexión sobre el futuro que nos muestra este héroe caído. En su trayecto, Ulises va mostrando la grandeza de su pasado y un futuro promisorio. Bolívar, en cambio, muestra la grandeza de un pasado esquivo, donde no se logra concretar un destino que se tenía por supuesto. El futuro se devela como la imposibilidad de llegada. Nada le depara al héroe más que la muerte. En Ulises vemos una última batalla ganada; en Bolívar, una última esperanza de luchar perdida.

Más allá de pensar en esta obra como novela histórica, vemos que hay un estilo recuperado del pasado para mostrar la fragilidad de un héroe empequeñecido. La posibilidad de un orden nuevo se quiebra en el instante mismo en el que el exilio se convierte en el único habitar posible. Solo queda un no lugar, una no presencia, un vacío que solo se puede llenar a través de los recuerdos perdidos.

---

5 Término que tomamos prestado de Doris Summer.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- García Márquez, G. (2014). *El general en su laberinto*. Bogotá: Penguin Random House Mondadori.
- Fuentes C. (2002). *La nueva novela hispanoamericana*. Barcelona: Planeta DeAgostini.
- Pons, M. C. (1996). *Memorias del olvido*. México D. F.: Siglo XXI Editores.
- Pulido Heraez, M. B. (2006). *El general en su laberinto y la crisis de la historia narrativa*. *Revista Iberoamericana*, LXXII(215–216), pp. 559–574.
- Ricoeur, P. (2003). *La memoria, la historia y el olvido*. Madrid: Editorial Trotta.
- Ruizsánchez Serra, J. R. (2012). *Historias que regresan*. México D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- Urdapilleta Muñoz, M. (2004). El pathos trágico de *El general en su laberinto*. Entre la historia y la expresión. *Latinoamérica*, 38, pp. 117–143.
- Vernant, J. P. (2000). *El universo, los dioses, los hombres. El relato de los mitos griegos*. Barcelona: Anagrama.

*Recibido: junio de 2015*  
*Aceptado: agosto de 2015*